

Elige Ignacio a Francisco para la India



En este año de 1940, precisamente, se cumple el quinto centenario de la salida de Francisco Javier, de Roma para la misión de la India. Oyóse, con resonancia de eco diáfano, la voz de Dios que había encendido ya sus fuegos ardientes en el alma de nuestro Javier. Porque no fué Javier el designado para ese viaje, sino sus compañeros Simón Rodríguez y Bobadilla, los más conocidos del Embajador portugués Masca-

renhas. Así lo dispusieron los hombres, graves varones como eran los que andaban en este negocio misional, pero cuando los planes de los hombres no concuerdan con los divinos, Dios liquida las diferencias por medio de las causas segundas hasta el más perfecto ajuste de los planes. Pues he aquí que le atacan unas fiebres a Bobadilla y ante la imposibilidad, inopinadamente surgida, de que pudiera emprender aquel viaje que ya se demoraba con exceso, llama Ignacio al Hermano Maestro Francisco y se desarrolla aquel diálogo emocionante en el que Ignacio, también enfermo, propone a Francisco le sustituya a Bobadilla «porque Dios se quiere servir en esto de vos».

—¡«Heme aquí, Padre!»!—responde Francisco, desbordado del gozo de la ilusión que le abrasaba desde tiempo y que ahora se le venía a las manos, en efusión ardorosa.

Y como apremiaba el tiempo, fuese a recibir la bendición del venerable Pontífice Paulo III el de la barba plateada, que le nombra Legado suyo «en las tierras del mar rojo, del Pérsico y de Oceanía, a uno y otro lado del



Ganges». Deja firmados tres papeles, de acatamiento uno a las Reglas que aprobasen sus compañeros; de cumplimiento de los votos de pobreza, castidad y obediencia otro y el tercero de designación, por su parte, para General de la Compañía, a favor «de nuestro antiguo y verdadero Padre D. Ignacio» y a los pocos días atravesaba la Campaña, florecida también en la primavera que ya olía fresca y jugosa.